

un trabajo pionero en América Latina que es necesario consultar y difundir, puesto que el crimen organizado y sus efectos se han expandido con mucha rapidez en el continente, complejizando la formación o consolidación de políticas de la memoria, y mostrando que estas nuevas conflictividades representan desafíos por su opacidad y la ausencia de instituciones disponibles o al menos visibles para demandar justicia, verdad y memoria. Este libro nos muestra que el trabajo de la memoria en América Latina debe cruzar fronteras y que podemos aprender de norte a sur estrategias y prácticas para la defensa de las luchas de la memoria y los derechos humanos. Este valiente libro es mucho más que un libro, es un lugar de memoria de y para las comunidades que ayer y hoy nos muestran que el pasado no pasa.

Manuela Badilla Rajevic

*Pontificia Universidad Católica de Chile*

MAURICIO ARCHILA NEIRA, *Labrar el pasado. Reflexiones sobre el oficio del historiador*, Bogotá, México, Universidad del Rosario, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2024, 358 pp. ISBN 978-607-28-3139-1

Este libro es una compilación de dos décadas de trabajo, entre 1997 y 2017, lo que indica que son textos de un historiador con una trayectoria consolidada, característica que hace lucir aún más la obra, pues representa un aporte a la historiografía colombiana en diálogo con la latinoamericana. Se trata de diez escritos que fueron presentados como capítulos dentro de alguna obra colectiva, como artículos en revistas científicas y como ponencias a nivel nacional e internacional.

La obra está dividida en tres partes: la primera, “Historia, memoria y verdad”; la segunda, “Historia social y sus variantes”, y una última, titulada “Pedagogía e historia”. Sin embargo, quiero proponer un orden distinto a partir de los espacios analíticos –y físicos– en donde las reflexiones de Archila han tenido impacto. De esta manera, quisiera hablar del ámbito historiográfico, del ámbito pedagógico y del ámbito público en otras palabras, los escenarios de la academia, la escuela –en

un sentido amplio de la enseñanza— y la calle, todos, espacios que están o deberían estar en contacto permanente.

Respecto al ámbito historiográfico, Mauricio Archila se reconoce como parte de “la segunda cohorte de historiadores sociales en Colombia” (p. 215) y está consciente del lugar —un poco rezagado— que ocupa esa tradición con respecto al desarrollo disciplinar en otros países de la región, como Brasil, Argentina o México. Con esto presente, nos adentramos en un terreno estimulante y dialógico con la historiografía general.

El punto de referencia es la historia social, la cual está presente a lo largo de los capítulos de este libro. En el artículo “Ser historiador social hoy en América Latina”, el autor hace una reconstrucción de la trayectoria de la historia social en la región, indicando que el proceso de profesionalización de la historia en Colombia coincide con la época dorada de la historia social. Aunque llegar a una única definición de su programa es complejo, esta dificultad estimula diálogos con diferentes autores como Hobsbawm, Kocka, Kaye, entre otros, quienes a su manera van a ir demarcando los intereses y temas de esta perspectiva.

Un rasgo que se destaca es el acercamiento a la noción de experiencia por sobre la —a veces anquilosada— clase social, lo que implica repensar el papel de las estructuras en la historia. Otro elemento clave, es la interdisciplinariedad que atañe a la historia social, al respecto Archila señala los cruces que existen entre la economía, la política y, por supuesto, la sociología. De manera rigurosa, el autor va señalando los aportes y las críticas que las diferentes disciplinas hacen a la historia. De todo esto, un rasgo que se destaca constantemente es el foco que se hace a los actores subalternos y a los movimientos sociales, que los historiadores marxistas británicos llamaron “historia desde abajo hacia arriba”, alusión que será constante en esta obra.

A partir de la definición de este marco programático de la historia social, el ejercicio de entrecruzamiento con otras perspectivas resulta muy estimulante para el lector. De esta manera, encontramos en el capítulo “Historia social e historia cultural: encuentros y desencuentros” una apuesta por comprender los aportes que una y otra mirada puede hacer a la disciplina histórica. Cabe resaltar la ponderación de los aportes de la historia social a la cultural, “lo social entendido como

contexto o entorno construido, todavía tiene mucho que decirnos sobre el pasado y el presente” (p. 207); pero también apuntando críticas con respecto a la perspectiva excluyente de la cultura, “la nueva historia cultural debe ejercer más crítica a las fuentes culturales y volver los ojos de nuevo a lo cuantitativo” (p. 206).

Dejar atrás una lectura positivista del pasado, anclada a las fuentes y a la pretensión de objetividad, ha sido una apuesta constante de la historia social. Por tal razón, se apunta al estudio de la vida de las personas comunes y corrientes. Sin embargo, como nos enseña Archila en el capítulo sobre “Historia social y empresarial: diálogos historiográficos”, es necesario superar una lectura polarizadora de la sociedad y reconocer que también es fructífero estudiar los encuentros entre sectores sociales. El autor señala que la relación entre empresarios y sectores subalternos históricamente, en especial obreros, no ha estado marcada siempre por el antagonismo. Archila responde negativamente a la cuestión sobre si el empresariado puede ser considerado siempre y en todo lugar un sector dominante.

En “Voces subalternas e historia oral”, el autor sitúa la inquietud por escuchar las voces de los sectores populares como una preocupación temprana. Por ejemplo, en la Europa decimonómica se tenía la necesidad de “encontrar las raíces culturales de los Estados nación en construcción”, por eso aparecen acercamientos románticos como *El Pueblo*, de Michelet, o propuestas como la del mismo Marx, que, según Raphael Samuels, “es una historia desde abajo del capitalismo” (p. 126). De esta manera, Archila pone en perspectiva histórica la tradición del uso de fuentes orales en la reconstrucción de las narrativas históricas.

El rescate de la propia voz de los de abajo será una pretensión que buscará tanto la corriente subalterna como la propuesta del Taller de Historia Oral de Silvia Rivera. Quisiera señalar aquí la aguda crítica que Archila plantea a partir de la pregunta ¿quién habla por los subalternos?, al señalar que la pretensión de la autenticidad de los testimonios puede orillarnos a la búsqueda de una esencia que termina siendo excluyente. Pensar en términos de “los de afuera” y “los de adentro” de la comunidad, podría terminar reproduciendo lo que tanto se critica.

También quiero resaltar el acercamiento analítico que se hace a los aportes y vacíos del posmodernismo, un debate muy presente en Colombia a finales del siglo xx. En el capítulo “¿Es aún posible la

búsqueda de la verdad?”, Archila afirma que “[el posmodernismo] puede ser visto metafóricamente como un gran rumor sin claro origen, ni cabezas visibles, que va penetrando todos los poros de la sociedad [...] Como buen rumor echado a rodar oportunamente, logra cuestionar a sus víctimas, en este caso las ciencias sociales”. A partir del despliegue de un abanico de autores muy diversos, que van desde Marx, Popper, Foucault, Derridá hasta White, La Capra y Kojève, por mencionar algunos, Archila plantea los retos que debe asumir la historia ante la amenaza del “nihilismo teórico combinado con un conformismo práctico” (p. 92).

Para terminar este primer ámbito, quisiera señalar que otro ejercicio historiográfico que nos expone Archila es el de comprender la trayectoria de ciertos historiadores. Se trata de los capítulos: “Erick J. Hobsbawm desde los lentes de un historiador social colombiano” y el capítulo dedicado a “Indalecio Liévano Aguirre, el historiador político del nuevo nacionalismo”. Los dos textos hacen un acercamiento similar a nivel metodológico, el cual parte de la elección de ciertas obras de los autores –libros en particular– para situarlos en su contexto de emergencia y en diálogo con las redes intelectuales del momento. En los dos casos, el escenario de la historiografía colombiana –y latinoamericana– está en diálogo. Para el caso de Hobsbawm, menciona que “encuentra en América Latina lo que las especulaciones contractuales no logran y a primera vista parecen imposibles: caudillos derechistas que inspiran movimientos obreros radicales, ideólogos fascistas que coinciden con sindicatos izquierdistas para hacer la Revolución y otras maravillas por el estilo” (p. 246). Por otro lado, a propósito del historiador colombiano, Archila demuestra que lo que se propone es una “lectura nacionalista que bien podría empatar con las nuevas fuerzas del liberalismo. Si se quiere, es un historiador liberal nacionalista que trasciende el marco del oficialismo de su partido” (p. 321).

El segundo ámbito arriba señalado fue planteado no sólo porque haya un artículo titulado “El historiador y la enseñanza de la historia”, sino porque considero que un elemento que encontramos a lo largo de este libro es una constante preocupación del profesor Archila porque sus reflexiones lleguen a las aulas de clase. Lo anterior se complementa con la búsqueda de una definición “pedagógica” de lo que significa hacer historia. Desde muy temprano en la introducción Archila

intenta definir el oficio del historiador, a partir de la superación de la ilusión positivista y rescatando la idea de que “el pasado es algo que los seres humanos labramos a través de las huellas que nos dejó y lo traemos al presente para darle sentido a la existencia” (p. 9). También insiste en que estas huellas son variadas, por lo que “la verdad histórica es múltiple y plural, por eso será siempre vano el intento de hacer una historia única y oficial” (p. 161).

Este ejercicio por hacer inteligible su pensamiento evidencia la preocupación del profesor Archila por transmitir su experiencia a otras generaciones. Todo esto implica “una inflexión importante en el oficio del historiador y en los programas curriculares que lo forman, tradicionalmente distanciados de la reflexión teórica” (p. 211). Para ejemplificar quisiera señalar cómo antes del final de su artículo sobre la historia empresarial, el profesor plantea la necesidad de que ambos subcampos —el de la historia social y la historia empresarial— se conecten mejor con “la docencia, mediante programas curriculares de pregrado y posgrado, tener revistas especializadas y del conjunto del campo disciplinario, fomentar el debate con colegas nacionales e internacionales del mismo subcampo y otros” (p. 188).

Finalmente, en el capítulo ya aludido sobre la enseñanza de la historia, el profesor Archila plantea una serie de reflexiones, que resultan muy valiosas para lectores jóvenes, a propósito de la naturaleza del conocimiento histórico, la noción de tiempo histórico, acaso enseñar hechos o problemas, los cambios y las continuidades, los sujetos de la historia y el llamado a las historias plurales, sin perder los referentes nacionales. Todos campos analíticos ricos y complejos que además son abordados desde los lentes de la pedagogía. Por esta razón, considero que un elemento que sumaría al análisis es el planteamiento de un debate más amplio con respecto a la formación de historiadores, por un lado, y a la formación de profesores de ciencias sociales, por otro. Creo que el reconocimiento de un campo formativo con énfasis en la enseñanza de las ciencias sociales ayudaría a soslayar la brecha entre la historia académica y la historia escolar.

El último ámbito que quiero señalar es el del historiador comprometido, en el primer capítulo “El historiador ¿o la alquimia del pasado? Archila señala con Marc Bloch que la historia “puede ayudarnos a vivir mejor” (p. 75). Por su parte, en “Ser historiador social hoy en América

Latina”, Archila manifiesta que “quizá no sea políticamente correcto hablar de una historia comprometida, incluso pocos nos confesamos estar inspirados por el marxismo, pero seguimos estudiando a los humildes y vencidos del pasado [...] quiérase o no esa dimensión ética y política del quehacer como historiadores continúa estando presente y más que ocultarla vergonzosamente hay que hacerla explícita” (p. 225).

Esta postura política está ligada a la historia colombiana, marcada por un largo y complejo conflicto armado. En este sentido, la relación entre la memoria y la historia no es sólo lógica sino necesaria. En “Memoria, verdad e historia oral” Archila aporta un acercamiento teórico sobre la memoria, en donde se presentan diferentes tipologías: excluyentes e incluyentes, primarias y secundarias, además con una pregunta analítica como trasfondo en términos de si es complementaria o de colaboración con la historia.

El historiador comprometido así planteado acusa la necesidad de la verdad como parte de la reconstrucción de los lazos sociales, en palabras de Archila: “el contexto actual hace vigente [la perspectiva crítica] de la historia, me refiero a la violación de derechos humanos que se sigue presentando contra activistas sociales y contra intelectuales críticos del establecimiento” (p. 259). Por supuesto, no es posible hablar del historiador comprometido sin mencionar su apuesta analítica por el estudio de los movimientos sociales, esos sectores que son los sujetos desde abajo que tanto han interesado a Archila a lo largo de su trayectoria.

Por último, hay un rasgo de historiador crítico con anhelos de cambio que Archila perfila a lo largo del texto –y que de alguna manera lo define–, al respecto dice, parafraseando a Hobsbawm, “si éste es el mundo presente, no es un mundo bueno, y no debería durar”; creo que, tomando la metáfora que da título al libro, es una forma de echar tierra para invitar a seguir labrando.

Cristina Sánchez Parra

*Universidad Nacional Autónoma de México*